RELACIÓN

DE

LOS HOMBRES PÚBLICOS POR LA ALZA

PROVINCIALES C. MANTOLES.

DON JOSÉ LÓPEZ,

CAPITÁN GRAN-DÍOS DE LA REAL Y DISTINGUIDO GRAN DÍOS DE CARLOS III, PELLADO DIPLOMÁTICO DE S. M., AMBASADOR AL PÁIS SOLO MINISTRO

CON MARCOS RUIZ, CAPITÁN DE CASA Y CONSEJO DE S. M., MINISTRO QUE FUE DE VALLADOLID.

Valencia,

1842.
RELACION

DE

LAS HONRAS FÚNEBRES POR EL ALMA

DEL

ESCELENTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON SIMÓN LOPEZ,

CABALLERO GRAN-CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, PREDADOR DOMÉSTICO DE S. S., ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, NOBLE ROMANO, DEL CONSEJO DE S. M., ARZOBISPO QUE FUE DE VALENCIA,

CELEBRADAS

EL DIA 7 DE JUNIO DE 1832

EN LA IGLESIA DE PADRES CONGREGANTES DE SAN FELIPE NERI,

DESCRIPTICION DEL CATAFALCO

alzado a la buena memoria de S. E. I. por la gratitud de sus familiares, y oración pronunciada en ellas.

VALENCIA,

IMPRENTA DE JOSÉ DE ORGA Y C.

CALLE DEL MILAGRO, n° 49.

1835.
Todo se halla sometido al imperio de la muerte. La tiara y el cetro, la sabiduría y la ignorancia, la mendicidad y la opulencia, la gloria de los héroes y guerreros... todo, todo acaba en el sepulcro, al depositar en él las frías cenizas de aquellos mismos que admirará el orbe entero. ¡O destructora parca! ¡O muerte! Tu ominoso cetro subyuga reinos y provincias, y tu nombre solo estremece a los poderosos de la tierra. Pero en tanto que estos tiemblan al escucharle, viven tranquilos algunos esforzados varones a quienes el término de la vida predice venturas perdurables en la mansión dichosa de la verdadera paz; porque fortificados sus corazones con las virtudes cristianas, fijan en ellas las esperanzas más li-sonjeras. En efecto, ¿quién turbará la paz interior del justo? ¿qué cosa en lo humano alcanzará á vencer
su verdadera y sólida virtud? ¡Dichosa vida! ¡y cuánto distas de la afanosa tarea con que inquietos los mortales corren agitados y presurosos en pos de la fama póstuma, fantasma perecedera que acibara su existencia! «Los justos, dice un sábio francés (*) tan ilustrado como virtuoso, no necesitan los elogios del mundo ni las honras de la tierra.»

Sin embargo, el mérito de sus recomendables acciones los hace merecedores de recuerdo grato a los buenos; porque si el mundo celebra las victorias del conquistador que por un camino de sangre llegó á triunfar de los mas poderosos imperios, y las investigaciones del sábio que retirado por muchos años del trato social, logró descubrir los arcanos misteriosos de la naturaleza robándola sus mas escondidos secretos, ora para llevar de un polo á otro un frágil leño sin otra fuerza motriz que el vapor, ora para fijar el concertado movimiento de los planetas; ¿qué deberán prometerse los varones cristianos que predicaron y practicaron la virtud para conducir á los hombres por el camino de la verdadera gloria?

Entre estos se hizo digno de ocupar distinguida memoria el Escмо.éllmo. Sr. D. Simón López, dignísmimo Arzobispo de esta diócesis, que falleció con sentimiento general de sus diocesanos el día 3 de septiembre de 1831, y cuyas honras fúnebres vamos á describir.

Verificáronse estas el día 7 de junio de 1832 en la

(*) S. Bernardo.

En el crucero del templo se elevaba majestuosamente el catafalco sobre un zócalo de cinco y medio palmos de alto y treinta y cinco de espacio, imitado á granito oriental, y en su fachada principal se veía una magnífica escalinata de treinta y cinco palmos de luz, de piedra negra, cuya planta era paralelograma. En el centro se alzaba un cuerpo de veintidós palmos de alto y veintiséis y medio de ancho, de bella forma gótica, en el cual se figuraban adornos tallados del mismo orden. A los diez y ocho palmos de elevación corría un plinto de dos palmos, cuyos ángulos se figuraban sostenidos por trofeos análogos, como calaveras, huesos enlazados con ramas de ciprés, y hermosos paños negros con ricas
franjas de oro. En cada una de las cuatro fachadas de este cuerpo se veía un arco apuntado, siendo corpóreo el del primer frente, dentro del cual se hallaba colocada la urna ó sarcófago cinerario, y sobre él los trofeos arzobispales corpóreos. En los dos arcos laterales había pintados en perspectiva dos grandes sepulcros del mismo órden gótico, adornados con medallas que contenían el busto del honorable Prelado difunto, y en el arco del testero se descubrían los trofeos episcopales acompañados de otra medalla igual.

En el primer frente y delante de la urna cineraria estaba colocada la mesa de altar, y sobre ella un Crucifijo, seis magníficos candelabros y demás ornamentos (todo de plata), en la cual se celebraron los divinos oficios. En cada uno de los cuatro ángulos del zócalo ardía un hermoso candelabro de figura espiral de trece palmos de alto y de la misma labor que el cuerpo principal, y otros tantos flameros encima del plinto del primer cuerpo sobre sus cuatro ángulos.

Encima de las llaves de los arcos, y sobre un zócalo de palmo y medio, había cuatro magníficos trofeos episcopales imitados al mármol estatuario, y desde el mazizo de dicho cuerpo arrancaba otro de diez y siete y medio palmos de alto y trece y medio de ancho, en cada uno de cuyos cuatro centros se veía una lápida blanca con inscripciones en verso castellano.

A los quince palmos de elevación corría un plinto de palmo y medio, que figuraba estar sostenido
por calaveras, huesos, ramas de ciprés y paños negros guarnecidos de franjas de oro, y sobre este cuerpo se alzaba una corpulenta columna truncada de veinticuatro palmos de alto y diámetro correspondiente, en la cual se figuraban trofeos alegóricos, escudos de armas, y talla del mismo órden que el resto de la obra; y al pie de ella, y dando frente á la fachada principal, una matrona colosal que simbolizaba á la Religión santa.

INSCRIPCIONES.

Sobre la puerta principal del templo pendía un hermoso tarjeton blanco, sostenido por gruesos cordones de oro, y adornado de un vistoso pabellón negro guarnecido con franjas del mismo metal, y en él se leía:

MURIÓ: NO EXISTE YA. PASTOR CELOSO RIGIÓ SÁBIO SU GREY, Y SUPICABA POR SU REBAÑO AL CIELO FERVOROSO. ORAD POR ÉL, ASÍ COMO ÉL ORABA.

En el sarcófago ó urna cineraria:

AQUI CENIZAS, EN REPOSO EL ALMA.

En las cuatro lápidas del segundo cuerpo; en el primer frente:

DE LA MANSION EN QUE DICHOSO YACE, RISUEÑO MIRA ESTE POSTRER TRIBUTO EN QUE LA GRATITUD HOY SE COMPLACE, ANEGADA EN DOLOR, VISTIENDO LUTO.
En el segundo frente ó de la derecha:

CON FE CONSTANTE Y CIEGA VENERABA
LOS DECRETOS DE DIOS, Y LE ADORABA.

En el tercer frente ó de la espalda:

EN SANTA CARIDAD SU ALMA ABRASADA
LOS PELIGROS DESPRECIA DE LA VIDA,
Y CORRE Á DO LA MUERTE DESPIADADA
GOLPES REPITE FIERA Y HOMICIDA.

En el cuarto frente ó de la izquierda:

¡Ó CELESTIAL VIRTUD! ¡DULCE ESPERANZA!
TÚ CONSOLABAS AL VARON CRISTIANO
QUE SOLO EN DIOS TENIA CONFIANZA.

Este magnífico y vistoso cenotafio fue inventado y ejecutado por el bien conocido profesor de esta capital D. José-Yicente Perez, y las inscripciones que acabamos de copiar eran composicion de un aficionado á la poesía, que siempre veneró la rectitud de coração del virtuoso Prelado difunto.

Acabados los divinos oficios ocupó su lugar el orador y pronunció la oracion fúnebre siguiente.
ORACION

FUÉNBBRE

QUE EN LAS HONRAS CELEBRADAS POR EL ALMA

DEL

ESCELÉNTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON SIMON LÓPEZ,

CABALLERO GRAN-CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, PRELADO DOMÉSTICO DE S. S., ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, NOBLE ROMANO, DEL CONSEJO DE S. M., ARZOBISPO QUE FUE DE VALENCIA,

PRONUNCIÓ

EL SEÑOR Dr. D. VICENTE LLOPIZ,

CÁNONICO MAGISTRAL DE LA MISMA SANTA IGLESIA CATEDRAL.
ORACION

DON SÍMON PEPES

II SEÑOR DE LA ALCE E ILOCÁX
Quoniam zelus domus tuae comedit me, et opprobria exprobantium tibi ceciderunt super me. = Por cuanto el celo de tu casa me devoró, y los ultrajes de los que te impropereaban recayeron sobre mí.

PSALM. 68. v. 40.

Recordati sunt vero discipuli ejus quia scriptum est: Zelus domus tuae comedit me. = Acordáronse sus discípulos de ¿uc está escrito: El celo de tu casa me devoró.

JOAN. 2. v. 17.

Al considerar, ó piadoso auditorio, el lamentable uso que en el mundo se hace del celestial don de la palabra y del ingenio; al ver apurar los recursos de uno y otro para ensalzar supuestos héroes, en los que apenas se presenta rastro alguno de virtud cristiana, la sola digna de alabanza; que para dorar la mentira no se escasean ni sofismas, ni imposturas, ni adulaciones las mas viles; que se llega hasta el insolente descaro de querer con panegíricos impíos eternizar la fama y nombradía de hombres que fueron el oprobio y estrago de la tierra y sus mas atroces verdugos.... jah! la verdad, perseguida y proscrita en estas tenebrosas producciones, se acoge al asilo de la Religion, y en ella se guarece de este universal trastorno. Y en ti sola, ó Religion santa, aparece con toda su brillantez y hermosura, y la
ostentas también en las virtudes de tus hijos predilectos, que son tu gloria, tu corona y nuestro consuelo; porque con ellos se ensancha, dilata y respira nuestro corazón cuando va á desfallecer de sentimiento y amargura por los horrores y maldades que inundan al mundo, y estas solemnes exequias, que consagran al santo reposo del Esmeral. é Ilmo. Sr. D. Simón López, Arzobispo de Valencia, sus familiares y parientes, prestan felizmente uno de estos tiernos y necesarios desahogos.

¡O santo Prelado mío! ¡varón sencillo, recto, puro, egemplar, hombre de Dios! venerables, tiernos y consolatorios son para mí los dulces recuerdos de tu vida; porque yo te observaba con particular cuidado en las frecuentes ocasiones que para ello me proporcionaba mi destino, yo conservaba en mi corazón las palabras que te oía, examinaba tus acciones, seguía tus pasos y aun intentaba sondear tus pensamientos, proyectos y intenciones, y tales cosas veía que dije entonces para mí: Esto es cabalmente lo que hablaban y practicaban los santos, esto es lo que se lee en las vidas de los siervos de Dios nuestro Señor.

Y bien lejos estaba de pensar pudiera verme en el empeño de formar su oración fúnebre: embargado con la contemplación de la santidad y virtudes que se presentaban á mi vista, descuidaba de los otros tiempos de su vida; mas cuando la necesidad me ha estrechado á recorrer los ochenta y siete años de ella, ha sido tanto lo que he debido admirar, se ha ofre-
cido a mi imaginación tal cúmulo de virtudes y santas obras, que me arredré al querer fijar una idea sencilla sobre el verdadero carácter de su egemplar conducta. Mas resalta tanto en la vida de nuestro Arzobispo el celo por la gloria del Señor, se presenta este con tan activa influencia en todas sus virtudes, domina de tal modo sus pensamientos, designios obras y conversaciones, que me he decidido a considerarle bajo el aspecto de un varón celósísimo de la gloria de Dios nuestro Señor; y esto es lo que le apropiá las palabras con que di principio á mi discurso: Zelus domus tuæ comedít me. Ocupémonos pues en este pensamiento implorando antes los auxilios de la divina gracia. Ave María.

PRIMERA PARTE.

Sirvieron de felices preludios de su celo los tiempos de su niñez y juventud (1). Inocencia, piedad, recogimiento, pureza de corazón y de carne, esto presentan los primeros años de nuestro Sr. Lopez. Así continúa en su juventud, en la que añade una egemplar y constante aplicación á las letras, y bien pronto sabe ya lo que solo debe saberse, que nuestro único y verdadero maestro es Jesucristo, y estudia en él la doctrina de la verdad y ciencia de la salud, grande principio para llenarse de celo y desplegarlo después por la gloria del Señor. Por ello apenas ordenado de sacerdote arde ya en deseos por la salvación de las almas, y procura satisfacerlos
aplicándose á instruir y formar los parvulillos. Suya era y muy frecuente aquella palabra de tierna y cordial efusión que en otro tiempo había pronunciado Jesucristo: Dejad que los niños se lleguen á mí, porque de los tales es el reino de los cielos. Y sobre estos interesantes niños hambrientos del alimento celestial se derrama el corazón del Sr. López; contempla sus almas redimidas con la sangre de Jesucristo, y con ello su grandeza: los busca, los recoge, los halaga, se entrega personalmente al duro y penoso ejercicio de maestro de primeras letras, trabaja sin descanso en este dilatado campo, y lejos de ser gravoso á nadie en su ministerio, aun se desprende de cuanto tiene, continuando en él hasta haber formado excelentes discípulos, que bien pronto fueron acreditados maestros, y respetables eclesiásticos que han propagado hasta nuestros días el celo de su único y primer motor. El mismo Sr. López refería poco tiempo antes de morir estas laudables ocupaciones de su juventud, laudables en efecto, encomiadas por los santos padres y por cuantos se hallen poseídos del celo por la gloria de Dios, y que en este caso ya anunciaban los designios de su adorável providencia que por la enseñanza de las primeras letras conducía al hombre que un día había de ocupar las sillas de dos grandes diócesis, y en los niños le ensayaba para el alto cargo del ministerio pastoral.

Y esta providencia del Señor, que quiere dar una acción mas extensa á su naciente celo, le traslada á
la santa Congregación del Oratorio de Baeza, luego á la de Murcia, y allí no solo se desahoga en la formación cristiana de los niños promoviendo sus escuelas, premiando sus progresos, reimprimiendo y repartiendo gratuitamente catecismos, celando sobre sus maestros, sino que además se ocupa en la dispensación del sacramento de la penitencia y sacrosantos misterios, renueva el uso antiguo de la lección de las santas Escrituras, emplea largos años en su explicación con tanto aprovechamiento y curso de los fieles, que no solo el Oratorio parvo sino también la Iglesia y claustros de su Congregación se apiñaban de cristianos fervorosos, siendo tal la reforma y mejora de costumbres que parecían renovarse los tiempos en que uno solo era el corazón, una sola el alma de la muchedumbre de los creyentes.

Era además el padre y consuelo espiritual de todos, de ricos y de pobres, de nobles y de plebeyos, todo sexo, edad, clase, le buscaba para la dirección de sus almas, y él siempre pronto y hecho todo para todos. Trabaja día y noche sin cesar apenas permitiéndose el más indispensable descanso. ¿Qué negocio de importancia ocurría en aquella capital en el que no se apelase á las luces y piedad del Sr. López? A él acuden los Reverendos Obispos, Señores Prebendados, Autoridades y personas más distinguidas de aquel vecindario. La Sociedad patriótica de Amigos del Pais se apresura á inscribirle entre sus socios, se aprovecha de sus insinuaciones
y escucha con respeto sus consejos. No es posible referir individualmente los multiplicados objetos que abrazaba su celo por la gloria del Señor. Ejercicios piadosos, socorro de pobres, visitas a encarcelados, asistencia a toda clase de enfermos en el hospital y en sus casas, pacificación de familias, conversión de pecadores, corrección de estraviados, consuelo universal de todos; abrasado del fuego de Dios no vivía ni respiraba, ni se permitía el menor desahogo por ganar á todos para Dios.

Y no se descuidaba de promover en sí mismo la gloria de Dios que con tanto celo procuraba en los demás (2): la celebración del santo Sacrificio, las alabanzas á Dios nuestro Señor, y las demás funciones eclesiásticas, desempeñado todo de un modo tan tierno, fervoroso, pausado, con gravedad, unción y tan piadosos sentimientos, que solo al contemplarle edificaba, y en medio de tantas tareas robaba horas al sueño para entregarlas á su Dios. En ellas lastimaban su corazón y lloraba amargamente los escándalos y pecados públicos, causándole tal desasosiego y turbación de espíritu que le impelían á declamar contra los espectáculos profanos, semilleros de immoralidad, y en sus ratos de descanso es cuando escribe á cuantas personas de piedad, letras e influjo podían contribuir á atajar los males. Tengo á la vista una contestación del Apostólico P. Fr. Diego-José de Cádiz á una carta suya, y cuán llena del espíritu de Dios sería esta, que aquel varón venerable llega á decirle: «Amadísimo Padre, dueño
y Señor mío, el contenido de su carta me ha conmovido estraordinariamente; y después de muchas cosas á este propósito concluye: «La carta de usted conmueve y enciende. Sea Dios glorificado por todo lo que le debemos (3).»

Y á pesar de estar trabajando día y noche del modo que solo hemos indicado, pues decirlo todo sobrepasa los límites estrechos de un discurso, y esto no solo un día sino semanas, meses y largos años, se hallaba íntimamente convencido de ser un siervo inútil, y como tal solo buscaba ocasiones para trabajar más y más, y sacrificar por Dios hasta el último aliento de su vida; y esto en nuestro Sr. Lopez no son vanos propósitos ni resoluciones inconstantes. Asolada la ciudad de Cartagena en 1804 por los horribles estragos de la fiebre amarilla, muertos de sus resultas Cura, Vicarios, la mayor parte de sacerdotes seculares y regulares, y los que quedaban ya heridos del contagio; sabe por el Ilmo. Sr. Obispo de Murcia que por falta de ministros mueren sin Sacramentos los enfermos, y vuelta con tal prontitud á su socorro, que solo median muy pocas horas entre la marcha y el aviso de esta necesidad. Se presenta en Cartagena como su ángel tutelar, se aloja en el Hospital general lleno de apestados, de los que fallecían de setenta á ochenta diariamente, dedicándose con más especialidad á la asistencia de los presidiarios, como los más miserables y hediondos (4). La caridad de Jesucristo le estrechaba y hacía
violencia: no hay que pensar en que se separe de sus predilectos contagiados, ni aun entiende de adoptar las precauciones comunes en casos semejan-
tes. Les exhorta sin cesar, confiesa, administra los santos Sacramentos y todos los ausilios espirituales, y aun cuantos temporales podía allegarles, y suce-
de lo que era de temer y él mismo deseaba, de diez y seis sacerdotes que le acompañaron sobrevivieron solos cuatro. El mismo es atacado gravemente del contagio, recibe los santos Sacramentos, y hasta la recomendacion del alma; mas casi milagrosa-
mente cura, y ya convaleciente manifiesta su sen-
timiento de no haber muerto por sus hermanos, y se desquita con nuevos trabajos y afanes en favor de los mismos, evacuando las mas árdulas comisio-
nes, y atendiendo á la inmensidad de objetos que se presentan en una ciudad desolada y apurada de ministros eclesiásticos. Esta sencilla relacion, mejor que las exageradas pinturas, adornos y flores de la elocuencia, manifiestan el carácter, caridad y celo fervoroso de nuestro Sr. Lopez.

Magnifico y estraordinario fue el recibimiento que á su regreso se le hizo en Murcia: un grande concurso de las personas mas distinguidas de la ciudad salen á esperarle á algunas leguas de distan-
cia. Su entrada es en medio de vivas y aclamacio-
nes, colgaduras, iluminaciones, vuelo general de campanas, se agolpa un gentío inmenso en la casa de la Congregacion, todos quieren ver, oir y besar la mano de este hombre estraordinario, colocan su
retrato en la casa del Ayuntamiento al lado del de S. M., como actualmente existe. Brillante espectáculo, magnífico testimonio dado por los hombres al cenlo de nuestro Arzobispo; pero la fiesta era infinitamente mayor en el cielo, donde los ángeles y espíritus celestiales bendecían y alababan al Señor por su misericordia en formarse siervos, según los signios de su corazon, y para honor, gloria y consuelo de nuestra santa Iglesia.

Pero después de esta grande y heroica expedición, desempeñada tan gloriosamente, ¿se entregará el Sr. López al descanso y al sosiego? Como si nada hubiese hecho en su vida que mereciese aceptación, se entrega con un nuevo afán á promover la gloria de Dios sin perder un ápice de aquellas obras de santidad propia y agena que hasta entonces habían sido en él habituales. Vosotros, ó murcianos, lo visteis y admirasteis, y mucho más en las tareas de una nueva especie que le sobrevinieron con motivo de la guerra de la independencia. Helo aquí abrasado de un santo ardor no solo para dirigir e inflamar la opinión pública en defensa de la Patria, formando el efecto proclamas, reglamentos é instrucciones; no solo vocal de la Junta provincial de Murcia, y por ello siempre ocupado en comisiones y negocios importantes para lograr aquellos santos objetos, sino muy particularmente aplicado á la defensa de la Religion, y á preservar á los católicos españoles de las máximas anticristianas que con los egérctitos de Napoleón se introducian en España, cuyo funesto
contagio hemos llorado después y lloraremos quizá por mucho tiempo. Difícil sería esponer en detalle los relevantes servicios que prestó en esta memorable época de la lealtad y constancia española: fue uno de los más firmes apoyos de nuestra gloriosa insurrección, la opinión pública le designaba como tal, por ello le nombra diputado para las Cortes de Cádiz, y en los diarios de las mismas puede observarse su piedad, celo y ardor en combatir doctrinas nuevas y peligrosas. Véanse sus mociones, y también su mayor elogio, que es la implacable contradicción que sufren de los regeneradores; léanse sus discursos desnudos a la verdad de aquella elocuencia brillante y seductora, que alucinando a los incautos y a los espíritus superficiales ha producido después trastornos horrores, pero llenos de fe, piedad, religión, honradez y lealtad española, verdadero amor al Rey y a la Patria, a la que aún con el sacrificio de su propia vida deseaba libertar de desgracias lamentables que un triste presentimiento le hacía prever.

Restituido nuestro augusto Soberano al trono de sus mayores, y atento a colocar en los primeros destinos a los que pudieran ser firmes apoyos de la Religión y Monarquía, ¿cómo podían ocultársele los servicios extraordinarios, virtudes y mérito brillante de nuestro Sr. López? Persuadido pues que con su presencia calmarian las turbulencias que empezaban ya a manifestarse en las Américas, le nombraba para el Obispado de Panamá; se hallaba ya
nuestro Arzobispo en la edad de setenta años, consumido de trabajos y fatigas, agobiado además por una molesta y cruel enfermedad que ha tenido siempre oculta y sufrido con una paciencia y resignación inalterables, esto le obliga a renunciar, y S. M., que en vista de las poderosas causas indicadas condescendió en eximirle del peso y cargo de un Obispado tan distante, no las tuvo por suficientes para exonerarle del de Orihuela, para el que le nombró sin admitir renuncia (5).

Solo pues por la voluntad de Dios, manifestada expresamente en la disposición del Soberano, entró en el Obispado de Orihuela y después en el Arzobispado de Valencia; y entró como los santos, con la mayor repugnancia, contra sus deseos, temblando, altamente persuadido de su insuficiencia para un cargo formidable á los hombros de los mismos ángeles, haciendo con ello un heroico sacrificio de su propia vida y de cuanto en ella puede haber de satisfactorio y agradable: entró solo proponiéndose por consuelo en la amarga carrera que emprendía, poder desahogar mas y mas su celo por el servicio de Dios nuestro Señor, por trabajar, evitar pecados y ganar almas para el cielo. ¿Y quien haya tratado y observado á nuestro Arzobispo no estará de ello convencido? yo lo estoy de que con mucho más gusto se hubiera abrazado nuestro Sr. López con sus presidiarios apestados que el ascender á este destino tan brillante; porque llegó ni aun á conocer estos oropeles y atractivos, por los que el mundo
alucinado los juzga apetecibles? Victoreándole estaban en Murcia por su promoción al obispado de Orihuela, y él se estaba saboreando con aquellas tan repetidas y al mismo tiempo olvidadas palabras del Espíritu-santo: Vanidad de vanidades y todo vanidad. Y el Sr. López tuvo por vanidad todas las cosas de este mundo, como no fuese servir a Dios nuestro Señor, y jamas desmintió en su vida esta regla capital de su conducta.

Consagrado pues con tales sentimientos y disposiciones en esta Catedral de Valencia día 5 de mayo de 1816, ya no sosiega ni descansa, anhelando solo llenar las inmensas y complicadas obligaciones de su nuevo cargo: á todo atiende su vigilancia pastoral, el clero, el pueblo, las Iglesias, la ciudad, las villas, las aldeas, las casas de piedad, los colegios, las escuelas, ocupan igualmente y á un mismo tiempo sus cuidados. Yo me veo en la triste necesidad de precipitar mi narración, y apelo á los testimonios imparciales y á las frescas y recientes memorias que de todo ello existen en el Obispado de Orihuela, se presentan en él millares de hechos y de pruebas; pero me está estrechando mi predilecto y tan debido objeto que es considerarle Arzobispo de Valencia, á mas de que haciendo su elogio bajo este respecto abrazo también el primero, porque el Sr. Lopez, dirigido por el espíritu de Dios y abrasado del celo de su honor y gloria, lo mismo hizo Obispo de Orihuela que Arzobispo de Valencia, por lo que solo diré que desterrado
por el gobierno de la revolución sin más delito que un paso justo y prudente, por una de aquellas res- sistencias en que los Obispos dan muestras que lo son de verdad, según la espresion de S. Basilio, por un denodado contraresto á un empeño que le pareció poco conforme á los deberes de su conciencia, es tratado indecorosamente un venerable anciano Obispo de la Iglesia Católica; hace su travesía á Roma en un miserable barco de pescador, sin equipaje, sin fondos, sin cama, sin auxilios, acompañado solo de su confesor, que para todo le servía. Es socorrido, agasajado y consolado por el Sumo Pontífice y Eminentísimos Cardenales todo el tiempo que permanece en Roma, escribe desde allí cartas, que originales y todas de su propio puño tengo en mi poder, y que en cuanto á sentimientos piadosos pueden ponerse á la par con las que escribieron los mayores santos en tiempos de persecuciones y trabajos (6). Vuelve con mil peligros á su querida grey, trabaja en ella como un apóstol en reparar los males ocurridos por su ausencia y aciagas y críticas circunstancias que sobrevinieron, y al fin S. M. le nombra Arzobispo de Valencia; en cuyo estado hasta su muerte voy á considerarlo en esta segunda parte, y en ella como en lo dicho hasta aquí resaltará su celo por la honra y gloria de Dios nuestro Señor.
Cuando este mi Ilmo. Cabildo en 19 de noviembre de 1824 estaba cuidadoso por ciertas noticias vagas de la próxima venida del Prelado, cuando por ello había despachado un espreso hasta encontrarle, y todo con el fin de dar las disposiciones oportunas para su recibimiento; la primera noticia cierta que tuvo fue haber llegado ya el Arzobispo aquella tarde al Convento del Socorro. Lo mismo había hecho en otro tiempo Santo Tomas de Villanueva, y toda esta precipitación y reserva no tuvo otro objeto que escusar distinciones y honras, que tanto repugnaban á su humilde corazón. No pudo con todo evitar las indispensables y de estilo en estos casos, ni la entrada pública y ceremonial que á ella se sigue: á todo se sujetó, sacrificando sus propios sentimientos. En medio de este aparato de pompa y grandeza, en que ni aun fijo la atención y mucho menos su aprecio un solo instante, y que le oí dirigía enteramente á Dios repitiendo las palabras Soli Deo honor et gloria, todas sus ansias, deseos, afán y solicitud era entregarse al cumplimiento de su ministerio pastoral, y desahogar el celo que sin cesar le abrasaba y consumía.

Yo voy á entrar en un vasto campo de grandes y heroicas virtudes, y apenas sé qué rumbo tomar para evitar la confusión que la misma abundancia de la materia puede producir. En todo tiempo fue nues-
tro Arzobispo muy dado á la oracion, lo que debe reputarse como la clave para explicar las cosas extraordinarias que en su pontificado practicó. Persuadidos los santos que son insuficientes por sí mismos para tener ni un solo pensamiento bueno, sino que toda la suficiencia viene de la mano del Señor, tienen siempre sus ojos fijos en él, y lo esperan todo de su misericordia; y nuestro Arzobispo, que desde sus más tiernos años se había decidido á seguir las huellas de los santos, hizo siempre lo mismo, y ahora mucho más por exigirlo sus vastas y tremendas atenciones. Por ello, ya por principio y base de toda su conducta, puso en el sello de sus armas las palabras Deus noster refugium et virtus, y aun más profundamente que en el sello las tenía grabadas en su alma. Oración en su capilla, en la tribuna de la Santa Iglesia, en su aposento, en los intervalos que permitía el despacho de negocios, en su oratorio privado, en las visitas continuas á Jesús Sacramentado, en su coche, donde frecuentemente le veíamos taciturno y recogido; prolongada oración antes de celebrar el santo Sacrificio, oración interminable para la acción de gracias, y tanta oración, no solo un día sino todos constantemente y por largas horas, y las mas de ellas de rodillas, y esto cumplidos ya los ochenta años de su edad.

¿Y qué le diría á Dios nuestro santo Prelado en esta que bien puede llamarse habitual y continua oración? ¡O Dios mío! vos teneis escondidos estos misterios secretos que pasan entre vos y nuestros
siervos, nosotros solo percibimos una pequeña parte que dejan traslucir los suspiros, afectos, jactatarias y lágrimas; por ellos sabemos que el Sr. López se humillaba, derramaba su alma ante el acatamiento de su Dios, contemplaba su bondad, grandeza e inmensas perfecciones, en la oración se estrechaba con su dulce Jesús, consideraba su pasión y sangre derramada, el valor y precio de las almas con ella redimidas, de las que tenía tantas a su cargo, y de las que si por su culpa se perdían le había de pedir Dios estrecha cuenta: le sobrevienen entonces temores y ansiedades que le hacían redoblar sus súplicas, conteniendo por ellas como Moisés las venganzas del cielo, y conjurándolo tiernamente a favor de su grey y de la Iglesia universal, implorando los auxilios necesarios para soportar la pesada carga que sobre él gravita y á la par efusión de los mas abrasados sentimientos; interponía la mediación de la Reina de los ángeles María Santísima, recurso constante en todos sus apuros, a la que profesaba una devoción tan tierna que solo hablarle de esta Señora y sus grandezas era bastante para enternecerle y derretirle en lágrimas; del Angel Custodio, en cuyas manos libraba siempre y encontraba la dirección de todas sus empresas; la de otros santos sus patronos y de su especial devoción....

Y á una oración como esta, y aun quizás mas perfecta y fervorosa, pues no nos es dado penetrar sus íntimos afectos, profundos suspiros, enamorados coloquios y ardores sacrosantos, debía seguirse lo
que solemnemente prometió nuestro Señor Jesucristo, que es alcanzar del Eterno Padre lo que en ella se pidiese; y nuestro Arzobispo no pedía más que la honra y gloria de Dios nuestro Señor, la santificación de su alma y la de tantas puestas á su cargo. En la oración se forjaban y preparaban las disposiciones para cumplir estos santos deseos, siendo la primera la reforma de sí mismo. Pero ¿qué tenía que reformar el Arzobispo en su persona cuando le hemos visto vivir en medio de su palacio como el más austero anacoreta? ¿Su mesa? si parece se alimenta del manjar de los ángeles; apenas llega á diez ó doce onzas de manjar bien ordinario lo que en todo el día toma para su sustento, y parece increíble que con tal abstención pueda subsistir…. ¿El lujo? ¿Vanidad en muebles y vestido? entrad en su palacio, nada vereís en él de grande sino la virtud del Arzobispo que le habita, contemplad su persona, y en ella retratada la sencillez, la modestia, la pobreza; toda la ropa de su uso interior, común y ordinario, todos los muebles y menaje de que inmediatamente se sirve, ni aun igualan al que regularmente usa el eclesiástico más pobre (7).

¿Pues para qué quiere las rentas de su mitra? lo diré á su tiempo, porque tocar ahora este punto nos engolfaría demasiado. Digo que el Arzobispo nada tenía que reformar en su persona sino quizá su demasiado y ardoroso celo, pues era tal que le devoraba el corazón, roía las entrañas, le traía en movimiento y agitación continua sin entender jamás de
descanso ni reposo; aspiraba á ser una viva imagen de aquel que dijo: ¿Quis infirmatur et ego non infirmor? ¿Quis scandalizatur et ego non uror? y á no mediar este ardor espiritual y divino, no sé explicar cómo un hombre desde la edad de los setenta y nueve hasta los ochenta y siete años, y estos males, ha podido hacer lo que nuestro Arzobispo el Sr. Lopez.

Porque solo haciendo una ligera indicación, su abrasado celo producía aquella exacta vigilancia sobre todas las Iglesias de este vasto Arzobispado, sobre todos los encargados en ellas de la cura de almas, exhortando, reprendiendo, amenazando y castigando á los que debiendo ser sus cooperadores flaqueaban en el cumplimiento de su sagrada obligación; aquella infatigable aplicación y cuidado de arrancar la cizaña, que el hombre enemigo, valiéndose de las pasadas ocurrencias, había sembrado en el campo de la Iglesia, y de apartar de las manos y ojos de su greya, libros, folletos, estampas peligrosas á la fe y pureza de costumbres. Aquella ansia y anhelo incesables de establecer escuelas de primera instrucción, siendo increíble lo que sobre ello trabajó, escribió, solicitó, predicó, no perdonando medio alguno de cuantos podían conducir á fomentar y perfeccionar este ramo, en el que cifraba, como así lo es realmente, todo el bien de la Religion y de la Monarquía; su pastoral cayado levantado siempre contra todo género de escándalos, abusos y pecados con un celo inextinguible para reprimirlos, aun á costa de
su propia vida; á toda hora dispuesto para admitir, abrazar y fomentar cuantos medios se le proponían, de los que resultase gloria de Dios y salvación de las almas. Aquellas impresiones abundantísimas, repartimiento y propagación gratuita de libros santos y piadosos, de catecismos, instrucciones, devocionarios, para oponerlo todo como un dique al torrente de la impiedad é irreligión. Aquellas tan multiplicadas cartas pastorales, circulares, avisos, recuerdos sobre cuanto concierne al bien espiritual de los fieles; tantas exposiciones á S. M. y Gobierno superior, á las Autoridades de todas clases, implorando su auxilio y cooperacion en cuanto se dirigía al servicio de Dios y reforma de costumbres.

Y qué sé yo cuántas cosas mas abrazaba aquel vasto é incansable genio. Aun en los actos ordinarios, en las visitas sérias, bien pronto el celo que le consumía hacia recaer la conversacion en su objeto favorito, el servicio de Dios nuestro Señor, y hablarle de ello era el medio infalible de tenerle alegré y placentero. Las quietes, los paseos iban siempre acompañados y sazonados con lectura y pláticas de virtud, y por este estilo día y noche sus pensamientos, obras y palabras siempre en Dios, por Dios y para Dios. Si se le habla de la continua asistencia de los fieles á los templos del Señor á oir la divina palabra, á adorar á Jesús Sacramentado, á frecuentar los sagrados misterios, y otros cristianos y piadosos ejercicios, la alegría y contento de su alma se dejan ver sobre su rostro, por el que corren dul-
ces lágrimas. Si se le indican escándalos, desórdenes y pecados, como cosa que vulnera la honra y gloria de su Dios se arrebata y ya no es dueño de sí mismo. Yo puedo deponer sobre los tiernos y benéficos sentimientos de su candorosa alma y caritativo corazón con todo género de desgraciados; y aun con los verdaderos delincuentes solo suspiraba por la enmienda y arrepentimiento, y al presentárselé á todos quería abarcar en su pecho magnánimo y leal. Quiso á su arribo á esta ciudad despejar las cárceles de palacio de infortunios eclesiásticos con perdón y olvido general de pasados estravíos; mas difíciles y espinosas circunstancias que han llevado en sí estos calamitosos tiempos, contenían su natural clemencia, y aun á las veces le hacían parecer tético, duro, intolerante. Se le hablaba de escándalos, de conducta relajada, de doctrinas peligrosas, de ideas revolucionarias en algunos de sus súbditos, se le presentaban entonces vivamente ultrajados el honor y gloria de Dios y de su santa Iglesia, en peligro la fe, en descrédito la Religión de Jesucristo, y espuestas á condenarse almas que le había encargado Dios nuestro Señor, y ya no había que esperar de él moderación, temperamento ni condescendencia alguna. Se le encendía la ira de los santos, y le consumía y abrásaba, ó Dios mio, el celo de tu casa, y descargaban sobre él los ultrajes de los que os insultaban.

Este mismo celo le obliga á visitar personalmente los ángulos más escondidos de su Arzobispado, en
el que administró la confirmación a doscientas veinte y un mil setecientas ochenta y ocho personas en el espacio de seis años. Porque ¿qué Parroquia hubo que no visitase? ¿qué peñasco tan inaccesible donde no subiese? ¿qué torrente tan profundo donde no bajase? indicarle obstáculos y peligros, representarle aspereza de caminos, precipicios, fríos, calores, ladrones, era lo mismo que añadir estímulos a su abrasado celo. Nadie podía seguir los pasos de este gigante; cansaba, fatigaba, estropeaba a sus familiares aun mas jóvenes y robustos, y él jamás creía haber hecho lo bastante para el cumplimiento de su ministerio. Pondré una muestra de lo que hace en cada pueblo que visita. Llega, se apea, se entera del estado del pueblo y de su Iglesia, y de la conducta de los párracos y demás ministros; de las escuelas, de la instrucción cristiana de los fieles, de la regularidad de sus costumbres. Si se le manifiestan pecados públicos y escándalos, desplega su celo abrasador, exhorta, increpa, reprende, insta, oportuna e importunamente á los alcaldes, ayuntamientos, escribanos, curas, á cuantos podían cooperar al conveniente remedio. Instruye, predica, administra el sacramento de la confirmación. ¿Cómo referir lo que en la santa visita trabajaba el Sr. Lopez? Son públicos y repetidos los testimonios que tenemos sobre ello: á no haberlo visto, creyérase imposible que en un cuerpo estenuado y casi exánime obrase el espíritu con tanto vigor y actividad. Procedía todo esto de vuestro espíritu, ó Dios mío, que sabe vivificar
los cuerpos muertos, los huesos secos, y sacar agua de las duras peñas; por él no se rendía nuestro Prelado al peso de tan continuada fatiga, y aun le quedaban fuerzas para la oración, meditación, lectura, rezos, celebración del santo Sacrificio y demás ejercicios ordinarios, observados constantemente y con la mayor regularidad en sus apostólicas correrías. Porque el Sr. Lopez jamás entendió de paliativos, y de aquellas modificaciones entre nosotros tan comunes de descansar tras el trabajo. Salvar almas quería aun cuando no tenía fuerzas ni aliento para respirar: «Venid á mí los que estais atribulados y cansados, yo os aliviare; quiero ahora cansarme y fatigarme por vosotros, y que Dios sea después mi recompensa y mi corona: Y por qué no he de trepar breñas y peñascos cuando se trata de la salvación de almas, si la de una sola vale más que el mundo entero?» Estas y otras mil semijuntas expresiones eran continuas en su boca, y salían de lo íntimo del corazón del Sr. Lopez.

Y un varón apostólico de estas cualidades, conducta y sentimientos, cuya conversación, afectos, deseos, esperanzas y suspiros solo estaban en Dios y en la patria celestial; ¿podía tener solicitud, afán ni apego alguno á las riquezas y bienes de este mundo? respondamos pues ahora á la pregunta. ¿Para qué quiere las rentas de su mitra? Al Sr. Lopez podemos aplicar en todo su sentido y extensión las célebres palabras de S. Pedro: Reliquimus omnia; y larga es la fecha de esta su renuncia, porque en cuanto á
bienes de fortuna lo mismo hizo siendo pobre sacerdote en su patria, congregante en Murcia, vocal de Córtex, Obispo de Orihuela, desterrado en Roma, que Arzobispo de Valencia; ni tuvo ni poseyó jamás la menor cosa. No llegó á conocer el exacto valor de las monedas, y daba lo mismo una peseta que un doblón. Se le hablaba de cierta obra grandiosa y muy interesante, calculando su coste en cuatrocientos mil reales vellón, le parecía cantidad exorbitante; por más moderada y razonable tenía la de veinte mil duros que se le sustituyó. ¿Qué hará pues de sus rentas? ¿para qué las quiere? para consagrarlas al culto de Dios nuestro Señor en el adorno, ensanche y hermosura de su santa Iglesia: para reedificar el Convento de Corpus Christi de Religiosas Carmelitas descalzas, y que en ella aquellos ángeles de la tierra sirvan, alaben y canten las glorias del Señor: para levantar desde los cimientos el magnífico Colegio de Sacerdotes de S. Vicente Paul, sostenerles, dotarles, porque son operarios laboriosos en la Iglesia de Jesucristo, trabajan para la salvación de las almas, ó en misiones en los pueblos ó en espirituales ejercicios en su casa, y de todo ello resulta el honor, gloria y servicio de Dios: para esas Reales Casas de Hospital, Misericordia y Beneficencia, que en gran parte subsisten por sus pensiones y socorros, pudiéndose en cierto modo llamar el fundador y principal apoyo de la última: para establecer un retiro especial para jóvenes que voluntariamente quieren recogerse a llorar sus disoluciones: para sostener
la Universidad literaria, Seminario sacerdotal, y otros mil establecimientos de pública utilidad: para auxiliar las necesidades de los pueblos, costear maestros de primeras letras, lactancia de párvulos, atender al reparo y conservación de las Iglesias, y limosnas de todas clases, considerables, piadosos donativos sin término ni fin, y todo porque sabe que de ello ha de resultar la honra y gloria y mejor servicio de Dios nuestro Señor; y como tiene siempre ante los ojos este objeto, le arrebata de tal modo que no sosiega ni puede contenerse; órdenes y libramientos á su tesorería, exhausta por lo regular, y sin hacerse cargo de ello, ni de las apuradas circunstancias de las rentas y los tiempos, ni de las atenciones de rigurosa justicia que hay que llenar: fatiga á tesorero, mayordomo, limosnero, y todo quiere se gaste, reparta y derrame en honor y gloria de su Dios.

Y no permita este Señor que empañe yo la santidad del lugar que ocupo con pomposas y abultadas relaciones, no digo mas que una pequeña parte de lo que observé yo mismo. Esto vieron cuantos le trataron, esto publica á boca llena su confesor, testigo ocular y continuo, íntimo depositario de sus afectos y deseos; presentes están sus familiares, cinco de ellos actualmente Prebendados, otros sacerdotes respetables y condecorados; ahí están los domésticos que se han ocupado en su asistencia y servicio inmediato y confidencial, depongan todos sobre cuanto he dicho. ¿Visteis jamás en vuestro Prelado y Señor sino un desprendimiento evangélico, una generosi-
dad sin límites, una serie continuada de actos de virtud y edificación, fe, esperanza, caridad, celo por la gloria de Dios, por su Iglesia, por la salvación de las almas, vigilancia y aplicación incansable a todos los objetos de su ministerio pastoral? ¿No fuisteis muchas veces testigos de sus gemidos, lágrimas y ansiedades, y que en medio de ellas pasaba las noches enteras? ¿No le visteis siempre devoto y compungido, y repetidas veces absorto en la contemplación de su Dios y Criador? ¿No experimentasteis siempre sus sentimientos humanos, su conversación útil e instructiva, su trato llano y apacible? Y si por efecto de su carácter genial, achaques y edad avanzada se incomodaba alguna vez, ¿no le visteis reconocerse luego, acusar su miseria, pedir mil veces perdón de ella, y aún á la vez arrodillado y llorando á los pies de sus más inferiores criados, de donde no se levantaba hasta asegurarle le habían perdonado? ¡Cuántos hechos de esta clase, cuántos rasgos de virtud y edificación pudieran referir! y deben publicarlos para confundir los enemigos de nuestra santa Religión, y que confiesen que aun en nuestros tiempos miserables se complace Dios en ostentar las riquezas abundantes de su gracia con sus fieles escogidos siervos. Y publiquen también que su buen amo el Sr. López murió como un caudillo esforzado de la milicia de Jesucristo, en el campo de batalla con las armas en la mano y peleando. Hallábase enfermizo, débil, rendido por la continuación de sus
fatigas; y en tal estado presiente que su presencia y la santa visita serían muy convenientes en la ciudad de San-Felipe, y á pesar de la estación rigurosa e incomodidades que arredraban á la comitiva, emprende el viaje á aquella ciudad á promover la honra y gloria de Dios nuestro Señor, y allí se le agravaron las dolencias, de las que al fin es víctima en esta capital. En el curso de su larga enfermedad presenta un nuevo espectáculo de virtudes, resignación, paciencia, conformidad, brilla y resalta más y más su celo por la honra y gloria de Dios y salvación de las almas; en este punto se concentran todos los afectos y deseos de su corazón. Había ya recibido el santo Viático con los mayores sentimientos de fe, devoción y ternura; reúne los curas párrocos de esta capital, y sentado en el lecho del dolor y de la muerte les hace un largo, fervoroso y patético discurso, que rebosaba solicitud y cuidado de su grey aun en aquellos últimos momentos; afectos y palabras tan tiernas que derrite en lágrimas á los que le oían. Les recomienda el depósito de la fe, el cuidado de los fieles, especialmente de los pobres, viudas, huérfanos y escuelas de los niños; les encarga hagan presentes á sus hermanos y cooperadores en el ministerio estos sus votos y entrañables deseos; que todos, todos trabajen y se esfuercen en promover la honra y gloria de Dios nuestro Señor. Abrasado estaba sin duda en su amor, y este producía aquellos afectos, suspiros y clamores con que sin intermisión santificó los últimos días y momentos
de su vida. En fin, clavado su corazón y alma en Jesús Crucificado, rumiando pausadamente las sentencias de las santas Escrituras que se le sugerían por los capellanes asistentes, tendido su cuerpo sobre un colchón en el duro suelo, con el aparato de su habitual pobreza, y con todas las señales y circunstancias que caracterizan la muerte de los justos; entrega dulce y plácidamente su espíritu al Criador, por cuyo honor y gloria tanto había trabajado.... Yo estaba conmovido, penetrado de devoción, ternura y reverencia al contemplarle; me arrojé á los pies de su mismo Crucifijo, le rogué por su eterno descanso, y tan viva era la impresión que tenía de sus grandes virtudes, que aun me atreví á implorar su intercesión. Porque repito, y dirán lo mismo cuantos hayan tratado á fondo al Sr. López, que su virtud fue grande, su vida santa, sus costumbres irreprehensibles, y que son muy envidiables sus ochenta y siete años de vida llena de trabajos y fatigas en procurar con un celo infatigable y constante la honra y gloria de Dios nuestro Señor. Por ello le creo piadosamente en el cielo. Mas el Dios que le ha juzgado ya y ha de juzgarnos, es terrible en sus consejos, y sabe encontrar manchas en las estrellas mas claras y resplandecientes. Para borrarlas le presentan sus familiares estos sufragios; juntemos á ellos los nuestros, y digamos con la santa Iglesia: Anima ejus, et animae omnium fidelium defunctorum, per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.
NOTAS.

1. El Escmo. é Ilmo. Sr. D. Simon Lopez nació el 11 de abril de 1744 en la villa de Nerpio, reino de Murcia. Sus padres eran labradores honrados y de costumbres puras, y á pesar de la falta que se experimentaba en aquella corta poblacion de maestros que dirigiesen la primera enseñanza de su hijo no la descuidaron por ello, encargándola á una muger piadosa que cuidaba de enseñar á leer y escribir en aquel escaso vecindario. Pasó después á la casa Colegio de Padres Jesuitas de la villa de Caravaca, en donde estudió gramática y retórica bajo la dirección del P. Viudes, á quien tuvo el consuelo de asistir en su hora postrera hallándose ya el Sr. Lopez de Obispo en Orihuela. Cursó después filosofía, teología y moral en el Colegio de la Purísima Concepción de S. Francisco de Murcia, sobresaliente siempre entre los demas alumnos por su aprovechamiento, y mas aun por su modestia y mansedumbre. Se ordenó de sacerdote á título de un beneficio de familia, y sin embargo de que su carrera literaria le facilitaba medios para aspirar á prebendas de oficio por medio de oppositiones, prefirió su corazon humilde la vida retirada, y se dedicó ella por algunos años á cultivar las letras sagradas y á asistir á los fieles y á su anciana madre, ya viuda, á quien dirigió espiritualmente hasta su muerte. Dolíase frecuentemente del abandono con que se mira la educacion primaria por falta de maestros, y especialmente la ignorancia de los fieles en puntos de doctrina cristiana: acongojable esto sobremanera, y dedicóse á enseñarla con gran fruto, pues por este medio no solo consiguió que se instruyesen muchos ninos con provecho de sus almas, sino que varios de ellos emprendiesen la carrera de estudios, y hayan llegado á ser eclesiasticos de virtud egemplar; y siempre conducido por principios tan útiles á la Religion como
al Estado, procuró atender á la falta de maestros para los niños de ambos sexos, cuidando de su educación, y fomentando la erección de escuelas públicas, aun después de ocupar la silla de este Arzobispado.

2 Antes de entrar en la Congregación de Padres de S. Felipe Neri de la ciudad de Baeza, repartió entre sus parientes los bienes que tenía; y retirado en aquel claustro, y después en el de la Congregación de Murcia, fue su vida una ocupación continua. El púlpito, el confesionario, la instruccion de la infancia, la continua asistencia á cárcceles, hospitales, hospicios y demás casas de piedad y beneficencia, enfermos... ¡Cuánta caridad! ¡Qué desvelos por la Religión y alivio de la humanidad afligida! Mas no por ello olvidó las letras: continuó cultivándolas; pero dirigiendo sus tareas á la utilidad de las almas. Tradujo á la lengua castellana la obra predicible, escrita por el P. Calino, que consta de doce volúmenes en cuarto mayor. Escribió el Catecismo histórico de la Religión; la Suma de ejercitios devotos; la Pantoja contra comedias, en dos volúmenes en cuarto; la Continencia contra francmasones; varios silabarios y libritos para facilitar la primera instrucción de los niños y niñas; ocupando ya la silla Arzobispal de esta diócesis dirigió la traducción (y aun tradujo en gran parte) de las meditaciones del P. Crasset; é hizo reimprimir y corrigió por sí mismo la obra del referido autor titulada La dulce muerte.

3 La venerable y justa opinion de santidad que ha merecido en toda España el P. Fr. Diego-José de Cádiz, afianza mas y mas la idea que debe formarse de las virtudes del Sr. López, porque hasta cierto punto puede compararse con el celo apostólico de aquel varón santo el de nuestro distinguido Prelado. Oigamos si no lo que le escribía el mismo P. Cádiz en carta de 7 de enero de 1794 desde Ronda.

«Ronda 7 de enero de 94. — Mi P. D. Simón López. — Amadísimo P. dueño y Sr. mió de mi mayor veneración: Con la debida he recibido la muy apreciable de V. de 17 del pasado, cuyo contenido me ha conmovido extraordinariamente, no menos que me ha tristado el asunto que la motiva. Me dice V. lo ocurrido en esa ciudad en punto de comedias, y que pronto se olvidaron sus señores sus capitulares de la palabra que me dieron en la santa misión, y que creo la acordaron por cabildo, etc. No lo estraño; porque si los respetos de Dios, de la conciencia, y aun los del honor en lo que se promete, no contienen, ¿cómo podrán contener otros no tan poderosos? Sin subir tan alto tienen los señores del Ayuntamiento, y los demás á quienes por sus altos empleos esto pertenece, sobrado motivo para oponerse á la representación de las comedias y al uso de los teatros públicos, con el abuso que hacen los cómicos de la permisión de nuestro Soberano. No digamos mas que estos dichos señores están puestos
por el Rey nuestro Señor para que observen y hagan observar sus leyes y sus determinaciones en el pueblo, y no hay duda que en su voluntaria omisión son gravemente culpables, y tal vez reos de Estado, porque hacen ilusorias las disposiciones de su Monarca, etc. ¡Qué cargo este tan formidable, y qué responsabilidad tan grande para con Dios y el Rey! Vean pues dichos señores si hacen que se observe lo que repetidas veces tienen mandado los Reyes nuestros Señores y su Supremo Consejo. Vean si no es verdad que en el modo y en la sustancia se falta a muchos puntos muy sustanciales y de grande consecuencia. Y vean si permitiendo que se represente la comedia del Príncipe tonto, etc., y otras de esta clase en las presentes circunstancias, se acreditan de fieles y leales á su Soberano; y si de este modo, ó con este disimulo, se desempeña la gravísima obligación en que sus empleos los constituye, sennpa de condenarse para siempre.

Me exhorta V. con su celo y caridad á que me valga de medios eficaces, etc.: todo está ya hecho antes de ahora, pero sin fruto. No sé qué decir si no que mis pecados son la causa. Alguna vez me sueno de aquello: et non audierint vocem patris sui (filii Heli) quiæ voluit Dominus occidere eos: (1. Reg. 2. 25.), y temo mucho, porque no es este solo el ejemplar que el Espíritu-santo nos refiere. No hallo otro arbitrio que clamar nosotros á Dios en la oración y al pueblo con la doctrina, para que no sean tantos los que se pierdan, etc.

¡Qué buen tiempo y qué ocasión tan oportuna para las diversiones públicas! Son pocos, Padre mío, los que piensan con la piedad y el juicio que Urias. Pero ¿cómo ha de ser? es preciso que haya escándalos, y aun herejías. Ut qui probati sunt, manifeste fiant.

La cruzada que V. me exhorta que pida y predique, fue mi primer pensamiento desde la hora que se publicó la guerra en España. Pero ¿quién soy yo? esto me detiene, y el no ser enviado como lo fue el P. S. Bernardo y otros santos, etc.

Su carta de V. conmueve y enciende. Sea Dios glorificado por todo lo que le debemos, etc. No puedo dilatarme más, porque mis tareas no me lo permiten. Me ofrezco á la disposición de V. con buena voluntad, me encomiendo en sus oraciones, y ruego á nuestro Señor guarde su vida muchos años en su santo amor y gracia.—Es M. de V. su afectísimo capellan y siervo en nuestro Señor Jesucristo. —Fr. Diego-José de Cádiz.

4 La notoriedad de este hecho, y del desmedido celo con que arrostrando el continuo peligro de la vida asistió á multitud de enfermos del contagio, poseído del espíritu de caridad de Jesucristo, y siguiendo las huellas cristianas de S. Juan de Dios; nos dispensa de detenernos en esta nota á dar noticias mas circunstanciadas de él. Dígallo Cartagena y su numeroso vecindario: dígallo Muriá, en cuyo
recinto respiran aun muchos testigos de las demostraciones de gratitud pública que recibió el Sr. Lope á su regreso, después de haber desaparecido el contagio; y digalo en fin la opinión que adquirió en toda aquella provincia, que le nombró su diputado á las Cortes de 1811 á 1812, depositando en él de este modo su confianza.

5 Varios son los monumentos que testifican el celo benéfico y la bien entendida piedad cristiana del Sr. Lopez mientras rigió el Obispado de Orihuela. Ensanchó y mejoró la reducida Casa de Misericordia de aquella ciudad, que solo constaba de un departamento para mujeres, no solo reparando el edificio, sino agregándole una manzana de casas, que compró al efecto, y dando entrada en aquel benéfico asilo á ambos sexos, estableciendo en él escuela pública gratuita. En Alicante habilitó el palacio episcopal y purificó la Parroquial que hay en el mismo; mejoró además otra Casa de Misericordia, y reparó varias Iglesias y Conventos de monjas. Estableció también á sus espensas en la huerta algunas escuelas de primeras letras y depósitos de ropas para repartir á las personas más necesitadas; pero exigiendo, como cualidad precisa para obtenerlas, el examen previo de doctrina cristiana. Hizo muchas y cuantiosas limosnas; y por último levantó y adornó en la Catedral de Orihuela una hermosa capilla que dedicó á la Virgen Marfa, con la invocación de Guadalupe, colocando en ella el cuerpo entero del mártir S. Severino que trajo de Roma.

6 El decreto de expulsión expedito por el gobierno que regía en 1820 le fue intimado hallándose el Sr. Lopez en Santa-Pola, y en este acto depresivo de su carácter brilló la ardiente caridad que le animaba, dirigiendo á los mismos encargados de su expulsión las exhortaciones cristianas más eficaces para que atendiesen a la salvación de sus almas, con tal fervor que todos los circunstantes derramaron copiosas lágrimas. Les dio lugar en su mesa y les regaló varios libros espirituales. En seguida repartió cuanto tenía entre las Iglesias y sus familiares, y notando la aflicción de estos les dijo con semblante risueño: Ibat apostoli gaudentes á conspectu concilii. Su vida en Roma fue un dechado perfecto de todas las virtudes que le grangeó el mas elevado concepto del Sumo Pontífice Pio vii, Eminentísimos Cardenales y personas distinguidas de aquella capital. Desde allí trabajaba por cuantos medios le eran posibles para el gobierno y santoificación de su rebaño: de ello tengo pruebas á la vista irrefrangible en cartas, pastorales, avisos, consuelos, prevenciones y cuanto puede escogitar el celo mas activo; y aun mas que con esto trabajó con su oración continua, lágrimas y plegarias fervorosas á Dios por la felicidad de nuestra nación y muy particularmente de la de su Obispado. Porque su oración ya constantemente prolija, se alargó y enfervorizó...
en Roma de un modo extraordinario é increíble, y siempre de rodillas; y á pesar de tener estas bien ejecutadas y aun empedernidas, había que levantarter en brazos de la oración y aún acompañarle, por el entorpecimiento contraido; y su comida y trato como el de cualquiera religioso, y acaso mas pobre que ellos: vende los cubiertos que le quedan para soportar á unos infortunados españoles, y su báculo para proporcionar lo necesario y que puedan entrar en nuevos Conventos los novicios fugitivos de España, y no hay un paso en su viaje á Roma, permanencia en ella y regreso á su patria, que no esté santificado con rasgos de virtud que no es dado referir en los límites estrechos de unas notas.

Las cartas confidenciales y de íntima amistad expresan los verdaderos sentimientos en que rebosa el corazón: quisiera insertar aquí todas las que tengo á la vista escritas de propia mano de nuestro Sr. López; copiaré á lo menos algunos fragmentos.


Acabo de saber que el Obispo de Tortosa ha muerto víctima de la caridad. ¡Bueno! Beati mortui qui in Domino moriuntur.... Dios libre á mi Obispado de la peste como se lo pido: ¡terrible azote! ¡pobre España! Peor es todavía el azote de los jacobinos, que seguramente ha matado y mata mas almas que la fiebre amarilla cuerpos. Dios nos libre de este azote peor mil veces que.... Hijo mío, oraciones, paciencia, conformidad.»

De otra carta de Roma. «El niño ha nacido como todos los años, tiritando: ojalá que su frío despierte en nosotros el calor de sus virtudes, el amor de su padecer y el agradecimiento de sus beneficios. Me tienen con mucho cuidado mis diocesanos, así eclesiásticos como seglares, tanto los hombres como las mujeres, no menos los niños que los adultos. Si estarán firmes en la fe; si se dejarán algunos arrastrar del mal ejemplo; si habrá en mi Obispado algún lobo con piel de oveja que me despiece algún corderillo ó corderilla; si mis rabadas subalternos, si mis vicarios andarán listos, si suministrarán infatigables el pasto saludable al ganado encomendado, si andarán vigilantes, si estarán llenos de celo, de fortaleza y de confianza en el Pastor de los pastores, que, como lo tiene prometido, estará
siempre con ellos y no les faltarán en la mayor necesidad? ¿Sí?... ¿sí?... ¿sí?... ¡O cuánto desearía poder boca á boca decir esto y mucho más á todos y á cada uno! Stote fortæ in bello et pugnate cum antiquæ serpente, qui tæntquam leov rugiens circuit quem devoravit, qui resistitæ fortæ in dade qui autem perseveraverit, usque in finem hic salus erit. Mundus transit et omnis gloria ejus, verbum Dominii manet in æternum. Deus solus bonus et potens, Rex Regum et Dominus Dominantium. Non est potestas nisi à Deo. Justitia elevat gentem: miseræ autem facit populos peccatum. (Prov. cap. 11. v. 34.)

Vivir bien, hijo mío, que Dios es Dios.»

«Roma 31 marzo 1822. = Me ha sido de mucho consuelo el saber el buen estado de esa mi grey. La Virgen es ahora el pastor, así se lo tengo encomendado y veo que vela por ella: ¡bendita sea! Donde está la Madre de Dios nadie hace falta.... Viva Dios, viva Jesús y María, viva la fe, muera el pecado y el diablo jacobino peor que Lucifer.»

En otra de Roma 17 diciembre. «Sigo bueno en S. Carlino reducido á mi celda, asistido en mis precisas necesidades de dos legos que tiene el Convento para el servicio de la comunidad.... El Santo Padre, á solicitud del Cardenal, me ha señalado cuarenta escudos ó duros de pensión mensual, la cobra la comunidad y por ella me alimenta: esté V. descuidado por esta parte.... Estoy pensando erigir en mi Catedral un altar á la Virgen de Guadalupe. Diga V. á mis curas que velen sobre su grey para que el lobo no la devore; á todos mis hijos en Jesucristo que estén firmes en la fe de la Iglesia, sin la cual no hay vida eterna; á los alucinados que no sean tontos, que el mundo pasa y Dios vive eternamente para castigar y premiar; á los familiares que sean hombres de bien.... á todos que encomiendan á Dios á su pastor que lo hace por ellos incesantemente.»

Así escribía y hablaba el Sr. Lopez, y así habló y escribió siempre (y lo digo sin aventurarme) desde que fue sacerdote hasta que murió; porque estos sentimientos de amor á Dios y celo por la salvación de las almas, rebosaban en su corazón de tal modo que en todo tiempo estuvo como en estrechura y angustia por desahogarlos. ¡Dichosa alma!

7 Sin embargo de la generosa condición del Sr. Lopez que le inclinaba á darlo todo, y de que hay tantas pruebas en toda la serie de su vida, era en extremo mezquino para su persona. En comprobación de ello basta decir que sus ropas interiores estaban remendadas, usando algunas de ellas ya en este estado por más de dos años, y que cuando aun no le parecían de desecho tenían reparo los familiares de darlas á los pobres por no poder aprovechar á estos para nada. ¿Qué más pudo hacer en ejercicio de tan recomendable virtud Santo Tomas de Villanueva? Mas al paso que todo le parecía mucho para su perso-
na, invirtió crecidas sumas en las obras hechas en Orihuela y Alicante, y en varios actos de benevolencia de que hemos hablado en las notas anteriores; y ocupando la silla de este Arzobispado costeó el edificio de Padres Missioneros de S. Vicente Paul, de nueva planta, en el sitio en que se hallaba la ermita de nuestra Señora de Montes-Olivete, recobró el Convento e Iglesia de Religiosas de Corpus Christi (*), contribuyó con limosnas considerables para la reparación y conclusión de la Iglesia y Convento de Santa Mónica, como también para llevar adelante la obra del de S. Juan de la Ribera, y habilitar las aulas de los Colegios de Padres Jesuitas, del Convento de Jesús y de otros. Continuó y concluyó la parte nueva del Hospital general de esta ciudad: procuró y fomentó el establecimiento de la Casa de Beneficencia, proporcionándole el vasto edificio en que se halla establecida y comprando los inmediatos para ensanchar aquel, acomodándolo con obras costosísimas para este objeto, sin dejar de contribuir con sumas crecidas para la manutención de los infelices que en él se acogen. ¡Alma generosa! ¡benevolencia recomendable! A pesar de tan crecidos desembolsos todavía eran frecuentes las limosnas con que procuraba aliviar la miseria de los desgraciados, a lo cual se hallaba siempre dispuesto su corazón. Cuando por disposición del Gobierno supremo se prohibió á los marineros pescadores de la matrícula de la villa nueva del Grao la pesca de parejas, y por esta causa padecían necesidad urgente multitud de familias, que agolpadas a esta ciudad imploraban á toda hora del día y de la noche en las calles y plazas de ella el socorro de su miseria; cuando el Real Acuerdo se persuadió de la urgencia con que debía ocurrirse al remedio de tan grave mal, halló en el Sr. Lopez los auxilios que buscaba, pues facilitó sumas crecidas para alimentar diariamente á aquellos infelices menesterosos, hasta que habiéndose hecho presente al Soberano la situación en que se hallaban revocó la prohibición que los condujo á ella.

(*) Agradecida la comunidad, y deseosa de manifestar á la posteridad su gratitud al Sr. Lopez, ha costeado un retrato de S. E., ejecutado por el profesor D. Jesus-Vicente Perez, bajo el cual se lee lo siguiente: El Excelso y Ilmo. Sr. D. Simon Lopez, dignísimo Arzobispo de Valencia, Caballero Gran-Cru* de la Real y distinguida orden española de Carolos J J, Prelado doméstico de S. S., Asistente al sacro Susto Pontificio, Noble romano, del Consejo de S. M., etc., etc. Falleció el día 3 de septiembre de 1831, varón esclarecido en quien resplandecieron virtudes cristianas; su ardiente caridad y solícita benevolencia le hacen acreedor á la memoria de todos sus diocesanos. Fue el restaurador de este Convento de Corpus Christi; arruinado el templo y el edificio, prestó con larguezas la suma excesiva de más de veinte mil pesos para reedificar uno y otro, haciendo además donativos para socorro y sustento de las Religiosas, cuyo reconocimiento sincero le consagra este recuerdo para que á la vez se conserve la memoria indeleble de las virtudes de su distinguido Prelado bienhechor, y el homenaje de su gratitud.
A pesar de tanta profusión de limosnas invertidas para el fomento del culto divino, socorro de los pobres e instrucción de la juventud, no se olvidó de reservar alguna parte para las urgencias del Estado; en efecto, cuando S. M. pasó en el año 27 para Barcelona le presentó en la villa de Alginete al besar su Real mano cuatrocientas onzas de oro, donativo que hizo en unión con su Cabildo, y á la vuelta de S. M. á esta ciudad á unirse con su Augusta Esposa le hizo otro por sí solo de cinco mil duros, además del crecido gasto que hizo en el hospedaje que dió en su palacio arzobispal á su Real comitiva en los diez y nueve días de su permanencia. E invitado para que contribuyese para la obra de la carretera nueva de las Cabrillas, inmediata-mente puso á disposición de los encargados y entregó cien mil reales.

Por último, en esta santa Iglesia Catedral queda un monumento duradero del generoso desprendimiento del Sr. López. Examíñese la sala capitular y sacristía últimamente construidas en ella: véase la capilla en que se hallan colocadas las santas reliquias, y el buen gusto de sus adornos, costeado todo ello por este celoso Prelado. Pero aun queda en ella otro depósito que hará indeleble la grata memoria de tan benemérito pastor. En la capilla de S. Miguel, situada en esta santa Iglesia Catedral, yacen depositados sus despojos mortales bajo una hermosa lápida de marmol negro, de dimensión de doce palmos de largo, cinco y diez dedos de ancho, y medio palmo de grueso, con una vireta ó faja por todo su contorno, con su escudo de armas, en que se lee grabado el siguiente epitafio.
D. O. M. S.

MORTALE, QUIDQUID HABUIT,
HEIC DEPOSUIT
EXMUS. ILLUSUS. D. D. SIMON LOPEZIUS,
CAROLI III. MAGNA CRUCE INSIGNITUS,
E SUMMI PONTIFICIS DOMO PRÆLATUS,
EJUSD. SOLIO ADSISTENS,
NOBILIS ITEM ROMANUS,
CONGREGATIONIS S. PHILIPPI NERII APUD MURCIENSES
OLIM PRESBITER,
INTEGER VITÆ SCELERISQUE PURUS;
QUI ERGA FIDELIUM SALUTEM ZELO ÆSTUANS,
IISDEM IN NOVA CARTAGINE
LUE PESTIFERA LABORANTIBUS
ULTRO ADJUTOREM ET CARITATIS VICTIMAM
SEMЕT OBTULIT.
AD HISPANA APUD GADES COMITIA
VOTO CONCIVIUM ADSCRIPTUS,
SACERDOTh ET IMPERI I JURA,
UT SIBI ERAT EX FIDE,
ADSERUIT, VINDICAVIT.
EPISCOPUS PANAMENSIS ELECTUS,
ONUS FORMIDANDUM
HUMILI PRECE REJECT
ORCELITANAM INDE SEDEM, JUSSU REGIO,
COACTUS ASCENDERE,
EPISCOPALIUM VIRTUTUM
EXEMPLAR SE PREBUIT.
EXUL ET TEMPORALIBUS DESTITUTUS, HOMINUM DEDECUS!
MIRA PATIENTIA APUD ROMANOS EFFULSIT.
DENUO SEDI PRISTINE REDDITUS,
ET AD VALENTINAM
SUMMO FIDELIUM PASTORE
PER SUUM LEGATUM INJUNGEFORE,
TRANSIRE COMPULSUS,
CLERI, PLEBISQUE INSTAURANDIS MORIBUS,
EGENIS OMNIMODE SUBLLEVANDIS,
SIBI SEMPER PARCUS
SEPTENIO ADLABORAVIT,
DONEC ÆSTATIS ANNO LXXVIII.
INSIGNIS PRÆSULIS VIRTUTUM
BONO ODORE PERFUSUS
MORTEM; HEU! OBIT,
DIE III. SEPTEMBRIS CIІDCCCXXXI.